

# RICARDO DEL ARCO, VISTO POR UN ANTIGUO ALUMNO

Por JOAQUÍN SÁNCHEZ TOVAR

**L**A revista ARGENSOLA dedica un homenaje a la memoria de don Ricardo del Arco y Garay, uno de sus colaboradores más asiduos y personalidad tan relevante en el terreno cultural, que no intentamos descubrir, ya que sería ofender a nuestros lectores, si tenemos alguno.

Entre las muchas facetas que la figura de nuestro llorado e ilustre desaparecido presenta, la que más me seduce para tratarla en estas líneas es la de maestro y educador de juventudes, quizás por ser la más conocida para mí, por haber sido primero alumno, y después compañero de don Ricardo en el Instituto de Huesca.

Asistí a las clases del señor Del Arco durante dos cursos consecutivos, hace ya muchos años. Explicaba entonces Geografía e Historia, asignaturas que profesó mucho tiempo, hasta que, en los últimos años de su docencia, pasó a Lengua y Literatura; esta disciplina no la cursé con él, pero, a pesar de los años transcurridos, no olvido la amenidad con que don Ricardo explicaba las materias anteriormente citadas. Su lema debía ser el de instruir deleitando, pues las anécdotas, siempre oportunas y graciosas, con que salpicaba su disertación, nos hacían entrar en su clase con verdadero agrado y no como el que asiste a una penosa obligación. Entre los alumnos, don Ricardo era uno de los profesores más queridos y respetados: querido, por su bondad y simpatía; respetado, porque su mucho saber, que ya en tan tierna edad apreciábamos, nos imponía.

Don Ricardo sabía bien que, con alumnos tan jóvenes como son los que cursan el bachillerato, la mejor regla pedagógica es despertar el

interés por la asignatura, y así, con sus explicaciones, procuraba inculcar en nosotros afición hacia las disciplinas a su cargo, lo que se traduciría en ser las suyas materias muy estudiadas, y por verdadero gusto, no por miedo o cosa análoga, lo que repercutía favorablemente en el aprovechamiento instructivo.

Desde los primeros cursos nos hacía presentarle ejercicios de vacaciones, sobre grandes hechos de la Historia o Geografía, de los cuales seleccionaba para pública lectura los tres o cuatro mejores. ¡Había que ver nuestros esfuerzos para poder alcanzar este honor! Los leídos en público se guardaban luego como dignos de salvarse del final inevitable de todo escrito: la destrucción por la mano o por el fuego. Claro que este honor de ser guardados debía ser momentáneo, cosa lógica desde luego, porque, no hace mucho tiempo, me encontré con la sorpresa —confieso que no agradable del todo— de hallar, sujetando la pata de una mesa del Instituto, un trabajo hecho por mí a los diez años, sobre la humillación de Enrique IV en Canossa, en el cual había depositado todo el saber y habilidad de que era capaz en aquella edad.

Desde estos renglones apelo a la memoria de aquellas promociones de estudiantes que han sido alumnos suyos para que recuerden los tiempos dorados por el paso de los años, que todo lo embellecen, y vean si no conservan en su memoria y en su corazón un lugar predilecto a la figura de tan querido maestro.

Llevo ya unos años de docencia y creo que una de las cosas más difíciles en la enseñanza es el amoldarse a las tiernas inteligencias de los alumnos. Don Ricardo vencía este obstáculo de manera magistral. Su vocabulario era sencillo e inteligible, sin que, por eso, fuese chabacano jamás. Su castellano era puro y elegante, pero sin remontarse a esferas a que no pudiera ser seguido por su joven auditorio. Esto era más meritorio en él, por ser hombre de tanta cultura. Sus libros y fama traspasaban las fronteras y, sin embargo, resistía en sus clases la perversa tentación de no utilizar un léxico claro y lo suficientemente infantilizado para ser de todos entendido. ¡Cuántos profesores conocemos que colocan a sus infelices alumnos pedantescas disertaciones, con las que quizás demuestren sus conocimientos, pero faltan a su primordial deber, que es hacer que las inteligencias encomendadas a sus cuidados saquen provecho de sus clases! De este pecado, en él disculpable por ser un erudito e investigador de primera línea, estuvo siempre libre. Sus lecciones, claras, amenas y adecuadas al tema tratado y a la edad de los oyentes, pueden quedar como modelo de la oratoria didáctica.

Su bondad corría parejas con su saber. Fue profesor querido sinceramente por sus alumnos. Siempre estaba dispuesto a oír las disculpas, más o menos ingenuas, con que se intentaba paliar algún acto de pigracia, a condición de que no fuese habitual, pues era bueno, sí, pero no tonto o descuidado en el cumplimiento de su deber; en este caso el que sus alumnos aprovecharan el tiempo y el dinero invertidos en su educación. Las actas de las asignaturas que explicaba demuestran lo poco que suspendía, y no por bondad mal entendida o por escaso criterio, sino porque trabajando él y procurando que sus alumnos también lo hicieran, llegaban a feliz puerto la inmensa mayoría de los muchachos a él confiados.

Ejemplo nos dió, también, de compostura y educación, pues nunca se le vió irritado o agresivo. Si alguien faltaba en clase a su deber como alumno, o simplemente como ser social, la represión venía inmediata, pero templada, correcta y mesurada, pues así demostraba sus cualidades de educador, mucho más estimables, todavía, que su inmenso saber.

¿Y qué decir del apoyo de todo género que prestaba a sus antiguos alumnos cuando llegaba el duro trance de la colocación? Todos los que hemos seguido, aunque de lejos, las huellas de don Ricardo, podemos hablar de su ayuda generosa y jamás regateada. Consejos valiosos, estímulo y aliento cuando hacía falta, cariñosa recomendación a sus muchos amigos de fuera de Huesca, todo era suministrado en la medida y tiempo oportuno. Creo sinceramente que cuantos alumnos suyos seguimos la carrera de Letras, le debemos, en un porcentaje no escaso, el empleo, destino o colocación que ahora disfrutamos. El despertar la vocación, estimular ésta con frases de aliento y cariño y procurar que se tradujeran estos anhelos en algo concreto, que a la vez que placer sea modo de vivir, era tarea que don Ricardo ejerció con los alumnos a quienes podía llegar por similitud de gustos intelectuales.

Fue, pues, el señor Del Arco, un excelente profesor, cosa más sorprendente en un investigador de su talla. No yo, plumas muy autorizadas, han tratado de lo difícil que es unir cualidades docentes a la tarea de buscador de datos. Generalmente, el buen profesor, o vulgarizador, no gusta de revolver los primeros materiales de la Historia, no le agrada la búsqueda de los datos minúsculos; al investigador, el sacarlo de su incesante revolver de documentos, tampoco le satisface y, así, con los dedos de la mano pueden contarse las personas que han unido ambas cualidades. Tan escasas son que hay quien propone la separación de las dos funciones que consideran casi incompatibles; enseñar e investigar,

Nuestro protagonista las reunió ambas y en grado elevado. Como profesor, apelo a todos los que fuimos sus alumnos; como investigador, allí está la mole ingente de obras publicadas, que demuestran, además, que no se trata la suya de una fama local, sino que su proyección era más que nacional, siendo su éxito macizo y duradero. No fue su obra la de un simple emborronador de cuartillas, que nadie lee, sino la de un historiador con mayúscula.

Era un erudito ameno y con lectores. Para lección de muchos autores de artículos o libros sin interés, ni siquiera momentáneo, debía haber algo que permitiera saber, en cualquier momento, cuánta gente lee lo que ellos publican. ¡Cuántos darían paz a sus plumas, y no digo que a sus lectores, porque no los tienen! Estoy seguro que esto no pudo decirse jamás del señor Del Arco, pues reunía amenidad, saber y el ocuparse de asuntos de verdadera trascendencia, siendo, por tanto, un auténtico escritor.

En estos recuerdos, pergeñados a vuela pluma, no queda más que un punto que tratar: don Ricardo como compañero. La suerte me deparó el trabajar junto a él los diez últimos años de su vida; y, aparte lo que ya sabía y esperaba, es decir, la cordialidad, el ejemplo permanente, el consejo del veterano al bisoño, etc.; me proporcionó esta unión en el centro de trabajo, el conocerle en un aspecto para mí desconocido: el de brillante conversador, siendo su palabra oportuna y graciosa en extremo. Su chispa andaluza estaba siempre reflejada en su charla, haciendo que su compañía fuese un regalo apreciado para los que le rodeábamos. El miedo a extenderme demasiado me impide estampar frases que recuerdo y que indicarían hasta qué punto estaba apartado de la figura del pedantesco dómine, indigestado de erudición y que busca víctima propicia a quien colocar su plúmbea disertación, siendo una especie de monocorde órgano hinchado de viento.

Y no quiero ser más extenso sino terminar expresando, una vez más, el duelo que la cultura, la ciudad y todos hemos experimentado con la pérdida de tan buen profesor, cariñosa y amable persona, conversador ameno y erudito de talla como fue don Ricardo del Arco, a quien todos los que tuvimos el orgullo de ser sus alumnos recordaremos siempre con emoción cordial.